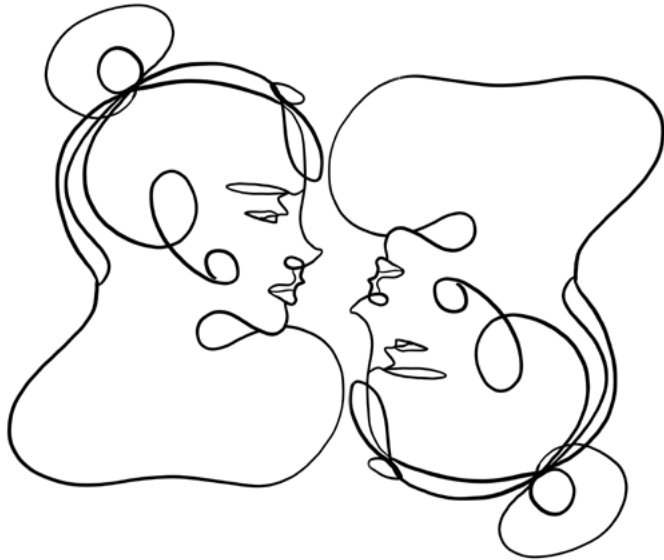


# 16. La experiencia de mujer artista y activista feminista

---

Lourdes Pastor







Lourdes Pastor

## ¿Qué llega primero, la artista o la activista feminista?

Es frecuente encontrar testimonios en los que quienes son flamencas o flamencos, aseguran que les viene desde la cuna, incluso desde las barrigas de sus madres.

El activismo feminista, el feminismo, suele llegar a lo largo de la vida, producto de experiencias o de la toma de conciencia de que vivimos en un mundo en el que la mitad de la población, que somos las mujeres, somos oprimidas, explotadas por un sistema patriarcal mundial que otorga a los varones el privilegio de diseñar el mundo por y para ellos. Sin embargo, en mi caso, el feminismo me vine de la barriga de mi madre, de la cuna, como el flamenco, es prácticamente imposible no sólo saber qué fue primero, sino además desligar una cosa de la otra.

Empecemos por el principio para poder argumentar lo dicho.

Nací en Puente Genil, en la tierra del membrillo y en la de Fosforito, en 1981, en el hospital del pueblo.

Según mi madre me cuenta, se puso de parto un 7 de enero en plena noche, entonces sólo tenía coche una persona... de toda mi familia (4 hermanas y 4 hermanos con sus correspondientes hijas, hijos, maridas, maridos, etc.) Pues sólo había un coche de un familiar al que ella no quiso avisar porque hacía unos días le había dicho que iba a traer al mundo a una bastarda, la que os habla.

Ella tan joven, dolida con razón por aquello, como tanto le gusta decir, «se mordió los puños como Camarón» y la llevaron en volandas atravesando de noche en pleno enero un descampado «Los pinos», de un brazo mi abuela y del otro, mi tía Jose, las dos mujeres que la ha acompañado a ella y a mí a lo largo de toda nuestra vida. Dos mujeres que sin duda no sólo me han cuidado, sino que me han marcado.

Nací en aquel hospital del pueblo, entonces atendido por monjas, parece ser que dejaron a mi madre toda la noche con sus correspondientes dolores, tanto... que el ginecólogo cuando llegó les dijo que no debían haberla dejado tanto, que se le había enfriado el parto, tuvieron que sacarme con fórceps, pero aquí estoy.

Cuento todos esos detalles, porque tienen sentido y mucho.

En 1981 aún se estaba produciendo en este país esa atrocidad a la que llamamos «bebés robados», normalmente, le ocurría a madres solteras, de familias pobres, les quitaban a sus bebés diciéndoles que habían muerto tras el parto, por eso mi madre, aun cumpliendo los requisitos de ser madre soltera y pobre, se empeñó en tener un parto con el médico en el que ella confiaba, pagándolo, porque entonces, aún no



Miguel López, Loren Chuse, Lourdes Pastor y Rocío Márquez

teníamos ni por asomo la red sanitaria con la que hemos contado en esta Andalucía durante los últimos casi 40 años.

Era cierto aquello de bastarda, yo era lo que hasta hace muy poco así se nombraba en el cine, en la literatura y en la realidad, era hija de una mujer que no se había casado, una hija ilegítima.

Ser la hija de una paya y un gitano hace 41 años en un pueblo de Córdoba, no era algo común, era casi estar destinada a tener una personalidad fuerte para no permitir que llegara el dolor de las etiquetas o la exclusión.

Tuve la fortuna de nacer en la familia que más amor podía darme, lejos de ser aquella bastarda que un día me llamaron. Fui la niña de los ojos de mi abuelo y de mi abuela, el juguete de mis tíos y casi la hija de mis tías. Sólo recibí amor, cariño y más cariño, incluido aquel familiar que en su momento creyó que nacer sin un padre y una madre, casados, iba a suponer que tendría menos derechos, pero no lo fue.

Como verán tenía ya ingredientes suficientes para que fluyeran a través de mí el arte, que llevaba en las venas por mi padre, Antonio Vargas Silva, un gitano extremeño con una voz tostá de las que hacen que salga el ole sin remedio, además de que en la casa de mi madre el flamenco era lo que se escuchaba y lo que se vivía.

En aquel patio precioso en el que teníamos un pilar y mi abuelo se sentaba cada mañana, había siempre un transistor en el que se escuchaba a Farina, Caracol, la Paquera... y más tarde llegó a esa casa la guitarra, a través de una pieza clave en mi carrera artística, mi tío Juan Carlos Pastor Martínez, al que volveré más adelante.

Por tanto, el arte me viene desde la barriga de mi madre, tal como ocurre en la mayoría de las ocasiones, pero es que el Feminismo me viene del mismo sitio, porque ya mi madre teniéndome en su barriga, supo defender sus derechos y los míos sin saber entonces, ni por asomo, que aquello era feminismo.

He crecido en una casa en la que cada reunión era acabar cantando por bulerías, por rumba, por tangos... y quienes podían, por seguirillas, ahí, mi tía Visita «Estrella de Córdoba», una mujer que se recorrió el mundo cantando en una época en la que ser mujer y cantante sin marido ni hombre al lado, era soportar abusos y desprecios, hoy sigue pasando, pero entonces ni tan siquiera se cuestionaba.

He crecido, como decía en una casa de flamenco, de copla y de mucho amor, pero al mismo tiempo protegida y abrazada por una madre a la que veía cada noche sentada frente a su máquina de escribir. Crecí entre el sindicato, el partido y más adelante... en la asociación de mujeres. Yo no tendría ni trece años la primera vez que cogí una pancarta en la que se leía «No a la Violencia contra las Mujeres», la primera que se colgó con ese lema en toda Andalucía.

Esto es sólo el resumen de por qué en mi caso arte, flamenco y activismo feminista van de la mano y nacen al mismo tiempo.

Yo me recuerdo cantando siempre, desde pequeña, recuerdo estar en el patio regando las macetas y las vecinas decirme que cantara más alto. En aquel momento era María de la O, Torre de Arena, la Loba... era más coplera porque era lo que cantaban mi madre, mis tías, mi abuela. El flamenco era más de los hombres, ¿verdad? Las mujeres cantaban y escuchaban copla y los hombres flamenco.

Sin embargo, tuve la fortuna de que mi tío me regalara para reyes un disco, Soy Gitano, de Camarón de la Isla y uno de los Gipsy King... aquello para mí fue un descubrimiento, esos discos los rayé literalmente de darle una y otra vuelta en el tocadiscos que mi madre me regaló.

Cuando Camarón murió, yo tenía 11 años, era pequeña aún, pero recuerdo perfectamente escucharlo en la radio, de hecho, lo grabé. En aquel tiempo grabábamos las canciones de la radio en cintas y yo estaba grabando cuando un locutor, luego supe que aquella era la voz de Manuel Curaó, dijo «Ha muerto José Monge Cruz, Camarón de la Isla»... el dolor de aquel hombre diciendo aquella noticia traspasaba las ondas y el propio casset, después pusieron su voz, la voz de Camarón cantando ese «pide que yo te daré mi última gota de sangre...» yo lloré y era muy pequeña, pero es que estaba preocupada por mi tío, porque Camarón era su ídolo, le imitaban cantando, físicamente y en todo lo que podían. Mi tío... para él fue como si alguien de su familia se hubiese ido.

Todo aquello, todas esas emociones tan cercanas entorno al flamenco y al arte, van conformando lo que eres, lo que sientes e incluso van marcando tu camino.

Cuando era pequeña, me recuerdo jugando en la calle a concursos de cante, era a lo que me gustaba jugar, además de a balón tiro y al pilla pilla, a cantar. Cantar y hacer teatro, hacíamos concursos que nunca ganaba, quizás porque aunque en aquel momento no era consciente, sí que padecí las consecuencia de ser diferente, de ser la niña del barrio que no tenía padre, o que lo tenía, que además era gitano pero que nadie le conocía. Esa niña que, siendo hija de la madre soltera y el gitano, siempre llegaba al cole con todos los libros y el material, e iba a clases de inglés, de baloncesto, de mecanografía... era casi un insulto, que una «bastarda» fuera la más querida de su casa, yo entonces no lo vi y casi no lo he visto hasta ahora, quizás de ahí venía el no ganar los concursos y el que no se llegaran a por mí a la casa, como sí se llegaban a las casas de mis primas.

Yo no era de pandillas, era de aislarme incluso en algunas épocas en los recreos.

Todo ello ha marcado mi carácter y me ha hecho ser como soy y en el arte he decidido expresar lo que soy tal cual, dejarme sentir en los procesos de creación, de producción y en el escenario.

Ser cantautora flamenca y feminista es el resultado de toda una vida.